

Mi reflejo

UN GIRO INESPERADO

ELIZABETH LIM

 Planeta

© 2018 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Reflection*
Título en español: *Mulán. Mi reflejo*
Textos: Elizabeth Lim
Traducido por: Mónica López Fernández

Primera edición en formato epub: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5265-0

Primera edición en México: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5264-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*A mi familia,
por enseñarme el valor de la persistencia.*

E. L.

Capítulo uno

Solamente les quedaba un cañón.

Mulán contuvo la respiración y enterró los talones profundamente en la nieve mientras examinaba el valle ante ella para detectar cualquier señal de hunos a la redonda.

Nada.

Tampoco se veía nada en las alturas desde donde, apenas hacía unos minutos, un aluvión de flechas enemigas les había caído encima. Tampoco habían dejado rastro.

Todo estaba quieto. Demasiado quieto.

Mulán sabía bien que esto no era una señal esperanzadora de que los hunos se habían retirado. No, con cada segundo su aprehensión aumentaba. Ninguno de los soldados que estaban junto a ella —Yao, Ling o Chien-Po, ni siquiera Mushu, su dragón guardián— emitía sonido alguno.

Algo estaba mal, podía sentirlo. Sus ojos se enfocaron en un hilo de humo que se arremolinaba a lo largo de la

cima de la montaña y se movía como una oscura sombra de mal augurio. Conforme se disipaba en el aire, Mulán fruncía más y más el ceño.

Había algo detrás del humo. No, *alguien*.

El pavor le provocó un nudo en el estómago. Aun a la distancia era fácil distinguir la imponente silueta montada sobre un caballo negro: Shan Yiu.

En cuanto el humo se disipó reveló una interminable línea de soldados hunos a caballo, que cercaban las colinas y obstaculizaban el paso. Estaban rodeados.

El regimiento del Capitán Li Shang apenas contaba con diez hombres, frente a una abrumadora fuerza de hunos, quienes además tenían la ventaja del ataque desde lo alto... Mulán sabía lo que seguramente todos estaban pensando: ¿cómo podrían sobrevivir?

El Capitán Li Shang apretó el cuello de su capa y luego volteó para ver cara a cara a sus soldados. Con expresión sombría pero firme les dijo:

—Prepárense a luchar. Si morimos, moriremos con honor.

Con el corazón a punto de explotar, Mulán apretó los puños y aspiró una gran bocanada de aire helado. No sabía si las rodillas le temblaban de miedo o de desesperanza. Tal vez ambos.

No quería tener miedo; no había dignidad en eso. Pero tampoco había esperanza. Después de todo, ¿qué po-

día hacer? Era claro que Shang creía que la única opción era mantenerse en posición y pelear. Sin embargo, ella dudó al desenvainar su espada. Debía haber otra forma.

Con un feroz grito de guerra, Shan Yiu se lanzó a la carga con todo su ejército. Su caballo corrió a todo galope a través de la pendiente nevada; sus hombres lo seguían. El sonido de los caballos al bajar la montaña retumbaba al ritmo del corazón de Mulán. Apretó la empuñadura de su espada, tratando de ignorar aquel retumbe, pero era imposible. Los ojos se le congelaban bajo aquella tormenta blanca que caía como cascada sobre los hunos que se desbocaban por la nieve.

—Yao —dijo Shang con calma en su voz—, apunta el cañón a Shan Yiu.

«Más que un cañón eso es un petardo —pensó Mulán con tristeza—. No podemos poner nuestras esperanzas en algo tan pequeño». Difícilmente era más ancho que su torso y tenía la cabeza de un dragón en la punta.

Yao, el soldado más bajo, empezó a balancear el cañón de izquierda a derecha, tratando de encontrar la mejor posición para dispararle a Shan Yiu. Mulán frunció el ceño. Lo único que lograrían eliminando al líder sería dejar a los hunos en completo desorden, pero eso sólo retrasaría la invasión. Incluso si mataran a Shan Yiu, el resto del ejército los masacraría.

Aun sabiendo que necesitaba prepararse mentalmente para la batalla, se forzó a pensar más allá, pues la orden de Shang a Yao le parecía... equivocada.

La espada se sentía pesada en su mano. Se quedó viendo la hoja pulida, pensando si su reflejo sería lo último que vería. ¿Moriría como Ping, el hijo de la familia Fa que había inventado para que la reclutaran en el ejército en lugar de su padre? Si moría ahí, en medio de aquel paso de montaña nevado, nunca más vería a su padre ni a su familia.

Mulán tragó saliva. ¿Quién iba a decir que apenas unos meses atrás su mayor preocupación había sido impresionar a la casamentera? Casi había olvidado a la niña que había sido entonces, cuando se había puesto capa tras capa de seda y no placas de armadura; su cintura estaba ceñida con una faja de satén, en lugar de estar adolorida por cargar un cinturón con armas; sus labios estaban pintados y no agrietados por el frío y la falta de agua; sus pestañas, realzadas con carbón que ahora tan sólo usaba para hacer fuego que la calentara.

Qué lejos estaba ahora de aquella niña: era un soldado en el Ejército Imperial.

Tal vez servir a su país como guerrero era más auténtico para ella que ser una novia. Sin embargo, cuando vio su reflejo en la espada, supo que todavía estaba fingiendo ser alguien más. Nunca tendría oportunidad de descubrir

quién era, porque ella, Mulán, estaba a punto de morir. Y si de algo se arrepentía era de no haber logrado que su familia se sintiera orgullosa de ella.

Los hunos se acercaban. Mulán alzó todavía más la espada y un destello en la hoja volvió a llamar su atención. Esta vez no era *su* reflejo, sino el de una protuberancia de nieve acumulada en una de las cimas detrás de los hunos.

Sus pensamientos se aceleraron mientras inclinaba la espada de un lado a otro, luego levantó la mirada para asimilar por completo aquel enorme dique de nieve. Tuvo una idea; era una locura e implicaba desobedecer la orden de Shang, pero si funcionaba...

Su corazón saltaba debido a una pequeña ráfaga de esperanza. ¿Qué había que perder? Si no lo intentaba, todos morirían. E incluso si su plan tenía éxito, tampoco era muy probable que sobrevivieran. Pero China... ella podría salvar a China de los hunos.

No había tiempo para pensar en algo mejor. Envainó su espada, se abalanzó sobre Yao y le arrebató el cañón.

—¡Oye! —le gritó él desde atrás, pero Mulán ya se había echado a correr hacia los hunos.

Era lo más audaz que había hecho. Se puso el cañón bajo el brazo, sin notar que Mushu se había aferrado a su bufanda para ir con ella. Corrió colina arriba, y con cada paso su determinación crecía y su miedo disminuía.

—¡Ping, regresa! —Shang gritaba detrás de ella—. ¡Ping!

Ella lo ignoró. Los hunos bajaban velozmente. Tenía sólo unos momentos antes de que Shan Yiu llegara a donde estaba y su ejército aplastara lo que quedaba de las tropas de Shang.

Mulán se detuvo y plantó el cañón en la nieve, apuntando hacia la protuberancia y rezando por que hubiera escogido un buen lugar. Esto podría funcionar... si Shan Yiu no la mataba primero... Estaba tan cerca que podía oler el sudor de su caballo, tan cerca que podía ver la mirada feroz de sus ojos negros encima de ella.

Los oídos le palpitaban. A la distancia podía escuchar que Mushu la apuraba. Metió la mano en el bolsillo para sacar su pedazo de piedra de sílex y tratar con frenesí de prender la mecha del cañón.

No vio al halcón de Shan Yiu merodear por donde estaba. De repente se lanzó en picada y al tumbarla sobre la nieve con su poderosa ala, los pedazos de sílex salieron volando.

Mulán se levantó de un brinco.

«No, no, no», pensaba, mientras barría la nieve buscando el sílex. ¡No lo encontraba! Miró hacia arriba, Shan Yiu iba directo hacia ella.

Tomó a Mushu del cuello y lo estrujó hasta que sacó una bocanada de fuego. Salió apenas lo suficiente para encender

el cañón. El azufre se disipaba en el aire. Mulán se agachó, sosteniendo el arma con firmeza mientras la bala salía disparada contra la protuberancia.

El caballo de Shan Yiu piafó debido a la explosión, pero Mulán difícilmente le puso atención al líder de los hunos. Su mirada estaba clavada en aquella protuberancia y en el cohete, que dibujaba un arco hacia la misma, hasta que finalmente se incrustó en la nieve.

Un estruendo estalló. La nieve cayó desde el precipicio. ¡Una avalancha barría el paso con atemorizantes sábanas blancas!

Mulán sonrió ligeramente. Lo había logrado.

Perdió el equilibrio, le costaba mantenerse de pie, pues la tierra se sacudía. Debía regresar con los demás.

De pronto Shan Yiu emergió de la nieve y a ella se le quebró la sonrisa. De cerca parecía una montaña, ancho y largo; tan sólo sus puños eran del tamaño de la cabeza de Mulán.

Los ojos del guerrero se entrecerraban llenos de ira; alzó su espada con uno de sus poderosos brazos, preparándose para atestarle un golpe mortal.

—¡Ping! —le gritó Shang desde atrás. Antes de que ella pudiera sacar la espada para tratar de defenderse, Shan Yiu soltó un grito furioso y blandió su arma. Mulán se preparó para recibir el golpe.

Pero nunca lo sintió. Shang se puso entre los dos. Todo sucedió muy rápido. Antes de que Mulán cayera sobre la nieve, escuchó el silbido del movimiento de la espada de Shan Yiu. Luego, un grito grave de dolor.

—¡No! —gritó Mulán, levantando la cabeza para ponerse de pie—. ¡Shang!

Como la capa roja del capitán revoloteaba detrás de él, atrapada en el viento, por un momento Mulán no pudo verlo y pensó que tal vez el grito que escuchó había sido del líder de los hunos. Tal vez Shang lo había vencido.

Pero entonces la capa dejó de revolotear y cayó sobre la espalda de Shang y toda la esperanza de Mulán se desvaneció. Se dio cuenta de que estaba herido, demasiado para levantar su espada, que había caído en la nieve con un golpe violento. Shang se tambaleó, sus botas se restregaban en la nieve. Alzó los puños mostrando que todavía no lo vencían.

—¿Esto es lo mejor que China puede ofrecerme? —dijo Shan Yiu, riendo.

—Ping, vete —ordenó Shang al ver que ella se abalanzaba a ayudarlo—. Vete.

Pero no fue lo suficientemente veloz. Con un golpe repentino, Shan Yiu noqueó a Shang.

El capitán colapsó.